

RECUERDOS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA EN LA LITERATURA ARGENTINA

Gloria Videla de Rivero
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Se amplía en este estudio el corpus de memorias de infancia y adolescencia descrito por Raúl Castagnino en su artículo “Evocaciones de infancia y adolescencia en la literatura argentina” de 1982. Los libros que se agregan y analizan son: Descubrimiento del mundo (1987) de Alicia Jurado, Cuando el tiempo era otro; una historia de infancia en la pampa gringa (1999) de Gladys Onega y El país de la ilusión (2005) de María Duprat. En este análisis se aportan nuevos puntos de vista en orden a destacar la reconstrucción epocal que implica cada evocación, las distintas tonalidades presentes en cada texto, la pervivencia del niño en el adulto, de qué manera y para qué fines se observan los memorialistas a sí mismos, de qué índole es la actividad introspectiva, cómo los intereses del adulto seleccionan o recortan los recuerdos, entre otros aspectos. Las tres obras, todas con valor estético, configuran literariamente la etapa fundante de la vida y son interesantes frisos de época, desde los años 20 a los 40 del siglo XX. Son también textos que ponen a prueba las teorizaciones sobre el género, con los aportes de sus propios matices.

Palabras clave: memorias de infancia – literatura argentina – Alicia Jurado – Gladys Onega – María Duprat

Abstract

This study widens the corpus of memories of childhood and adolescence described by Raúl Castagnino in his article “Evocaciones de infancia y adolescencia en la literatura argentina” (1982). The books added

and analyzed are: *Descubrimiento del Mundo (1987)*, by Alicia Jurado, *Cuando el tiempo era otro; una historia de infancia en la pampa gringa (1999)* by Gladys Onega and *El país de la ilusión (2005)* by María Duprat. This analysis collaborates on new viewpoints so as to emphasize the age reconstruction implied in every evocation, the different tones observed in each text, the persistence of the child in the adult, the way and the reason why writers observe themselves, the nature of introspective activity, the manner in which grownup interests select memories, among other aspects. The three works, all of them of aesthetic value, configure, literary speaking, the founding of life and are attractive friezes of the age, from the 20's to the 40's, within the twentieth century. The texts also test the different theories about the genre, giving their own shades.

Key words: childhood memories – Argentine literature – Alicia Jurado – Gladys Onega – María Duprat

Hace algunos años, en 1982, Raúl Castagnino publicó un artículo sobre evocaciones de infancia y adolescencia en la literatura argentina¹. Delimitaba allí un corpus constituido por libros aparecidos entre 1932 y 1981: *Cuadernos de infancia*, de Norah Lange, *El río distante*, de Vicente Barbieri, *Niñez en Catamarca*, de Gustavo G. Levene, *Cuando el ayer era mañana*, de Eduardo González Lanuza, *El tiempo más hermoso*, de Jorge Vocos Lescano, *La oscuridad es otro sol*, de Olga Orozco, *País de infancia*, de Mario Binetti, *Memorias de un provinciano*, de Carlos Mastronardi, *Confín de viento y sal*, de Josefina Marazzi de Rouillón, *Adolescer*, de Nidia Daract de Reina, *Retablo tucumano (1981)*, de Teresa Piossek Prebisch. El breve artículo de Castagnino intenta hacer una preliminar contribución, de carácter bibliográfico y descriptivo, sobre las evocaciones de infancia y adolescencia existentes en la literatura argentina, con el propósito de llamar la atención sobre este fértil venero literario latinoamericano. A pesar de la brevedad de las descripciones de cada libro, la finura del crítico deja abiertas útiles observaciones, prevenciones e interrogantes.

Sin pretender ser exhaustiva en la enunciación del actual "estado de la cuestión", no puedo dejar de mencionar el ya clásico libro de Adolfo Prieto: *La literatura autobiográfica argentina*², que, aunque no se circunscribe en su examen crítico a la edad vital aquí acotada, hace observaciones al respecto cuando examina los libros autobiográficos escritos por hombres nacidos en el siglo XIX, entre ellos *Recuerdos de provincia*, de Domingo Faustino Sarmiento, *Mis memorias*, de Lucio V. Mansilla, *Juvenilia*, de Miguel Cané, *Carta confidencial*, de Carlos Guido Spano, *Las beldades de mi tiempo*, de Calzadilla, entre otros³. Prieto hace este estudio, de enfoque más bien sociológico, a la luz de la contextualización histórica, con la hipótesis de que la historia y el espacio social "obran en forma íntima y directa" sobre las vidas, y condicionan también sus versiones autobiográficas.

Ya en el sendero abierto por Castagnino podemos ubicar la tesis doctoral de Dolores Comas de Guembe, defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en 1996, sobre *Los recuerdos de infancia: una forma literaria autobiográfica (Norah Lange, Eduardo González Lanuza, Jorge Vocos Lescano, Victoria Ocampo)*⁴. Esta incompleta enumeración de estudios sobre memorias de infancia y adolescencia en la Argentina sólo pretende señalar que este tema ha recibido ya valiosas aproximaciones por parte de los críticos e historiadores de la literatura. Por lo tanto, mi propósito es el de ampliar el corpus ya estudiado y aportar nuevos puntos de vista en orden a destacar la reconstrucción epocal que implica cada evocación, las distintas tonalidades presentes en cada texto, la pervivencia del niño en el adulto, de qué manera y para qué fines se observan los memorialistas a sí mismos, de qué índole es la actitud introspectiva, cómo los intereses del adulto -y tal vez la psicología profunda- seleccionan o recortan los recuerdos, entre otros aspectos que sólo abocetaré, dados los límites de este artículo. He seleccionado para ello algunas obras que provienen de escritoras nacidas o radicadas en diversos puntos de la Argentina. Estas obras son: *Descubrimiento del mundo* (1987), de Alicia Jurado⁵; *Cuando el tiempo era otro; una historia de infancia en la pampa gringa* (1999), de Gladys Onega⁶, y

El país de la ilusión (2005), de María Duprat⁷. Las autoras seleccionadas han nacido entre 1922 y 1941, y si bien sus nacimientos están separados en los casos extremos por un lapso de casi veinte años, todas comparten códigos y valores de época, como veremos.

***Descubrimiento del mundo* (1987), de Alicia Jurado**

Alicia Jurado (Buenos Aires, 1922)⁸ es Miembro de Número en la Academia Argentina de Letras, distinción justificada por la calidad de su obra, constituida por libros de ensayo, crítica literaria, narrativa y memorias. Si bien sus novelas y cuentos tienen muchos elementos autobiográficos, el libro que comentamos, *Descubrimiento del mundo*, es el primero de una serie de tres tomos que se proponen explícitamente recuperar por medio de la escritura el tiempo ya vivido. Jurado distingue entre memorias y autobiografía:

Llamo a este libro Memorias y no Autobiografía, porque me parece que una autobiografía debe ser rigurosa, imparcial en la selección de los hechos y con una cronología estricta, en tanto que las memorias son apenas lo que se espuma de un caudal inmenso y permiten consignar la trivalidad significativa para el autor y omitir, acaso, algún hecho importante. En ellas se admite la digresión, las reflexiones y los juicios; se les perdonan las fantasías con el mismo criterio con que se acepta que un pintor, después de dibujar a una mujer con aspecto de triángulo escaleno, afirme *así la veo yo*⁹.

Esta cita hace un aporte teórico para la distinción entre uno y otro género y, al mismo tiempo, define ajustadamente el carácter de sus propias memorias. El propósito que manifiesta la autora al encarar esta empresa es el de brindar datos a aquellos que decidan en el futuro estudiar su obra, ya que los datos biográficos presentes en sus novelas están distorsionados al imbricarse estrechamente con los ficcionales. Si bien este primer volumen se propone evocar la infancia, adolescencia y juventud, se producen los juegos de la memoria que avanzan y retroceden en el tiempo, de modo que el

período evocado no tiene límites estrictos ni hay una cronología lineal. Alicia Jurado tiene una memoria privilegiada pero, además, se basa en escritos previos ya que su vocación de escritora la había llevado a consignar muchísimas de sus vivencias y opiniones en diarios y otras formas de fijar la vida para el posterior recuerdo. Por otra parte, conviven en ella la amante de las letras, la enamorada de la palabra, con la científica -no olvidemos que estudió Ciencias Naturales- por lo cual tiene en sus memorias un gran afán de precisiones. Este deseo se observa no sólo en la minuciosidad de muchas descripciones y fragmentos narrativos, sino también en la prolija investigación de la historia de sus ancestros por las ramas materna y paterna, los más antiguos de los cuales ya estaban en América en la época colonial. Estas memorias se remontan por lo tanto no sólo a su nacimiento e infancia, no sólo a sus recuerdos, sino mucho más atrás, por medio de reconstrucciones históricas transmitidas oralmente dentro de la familia y por la compulsión personal y rigurosa de archivos y documentos. Adolfo Prieto señala esta tendencia a recuperar la memoria de los orígenes en varios de los memorialistas que constituyen el corpus de su estudio, por ejemplo en *La historia que he vivido* de Carlos Ibarburen, quien también -como Alicia Jurado- se ocupa de señalar los hechos objetivos de sus antepasados, sus contribuciones a la historia y a la sociedad¹⁰. Aunque Prieto desaprueba esta tendencia, pienso que los ancestros también conforman la personalidad, ya por vía genética, ya por las historias de familia que se escuchan en la infancia, por la absorción de modelos o antimodelos, por la estimulación educativa implícita. Así lo explica la misma Alicia Jurado cuando dice:

He hablado extensamente de mis mayores porque también son parte de mis memorias. No sólo se recombinan sus genes en cada una de mis células y me gobiernan a través de los ocultos mandatos de la herencia; también están los recuerdos transmitidos a mi infancia, en los ejemplos que se me señalaban, en las historias de familia que constituían los orígenes de mi propia, incipiente historia (p. 73).

La propia historia empieza, pues, mucho antes de nuestro nacimiento.

Una cuestión tratada por la teoría de la literatura autobiográfica¹¹ es la de la fidelidad de la memoria: ¿hasta qué punto la memoria refleja los hechos reales? Obviamente la memoria deforma o embellece, agranda o disminuye, selecciona, reinterpreta desde el presente, introduce elementos imaginados. Alicia Jurado examina su forma de recordar aportando un detalle que los psicoanalistas conocen bien: el que rememora vuelve a ser aquel niño, aquel adolescente, aquel joven, con intensidad vivencial. Ella nos dice:

Parecería que nada se perdiese en el minucioso registro de nuestro cerebro, pero que el precio de despertar la imagen dormida es el de instalarnos plenamente en el instante en que ésta se grabó y la emoción que la acompañaba se repite también, desolada o tierna, con su fuerza primitiva. El amor, la congoja, la exaltación, el deslumbramiento, nacen otra vez al conjuro de esas evocaciones y una se asombra al reconocer en sí, intactas, a la adolescente enamorada, la desesperada mujer, la joven viajera que solloza ante las piedras góticas... (pp. 9-10).

Podemos espigar otras citas que atestiguan este modo de recordar una niñez o adolescencia que permanece viva bajo la persona adulta, por ejemplo cuando narra que, siendo ya mujer madura fue al cine para ver una película basada en los personajes de los cuentos de Beatrix Potter, leídos en su niñez: "de pronto me di cuenta de que estaba llorando a lágrima viva... Así, llena de misterio y de ternura, revivimos la infancia, *somos* otra vez el niño de otrora; pero simultáneamente sabemos que aquel niño no existe ya y de allí nuestra congoja: nuestras nostálgicas, dulces, amargas lágrimas" (pp. 39-40).

Otra pregunta que se hace la teoría autobiográfica es cuánto se dice y cuánto se calla al dar la versión de la propia vida. Alicia Jurado es explícita al respecto:

Estas páginas son el resultado de una selección de recuerdos porque si los consignara todos resultaría, no un

libro, sino una enciclopedia. Ya hubo una preselección inevitable, hecha por el inconsciente, que se habrá ocupado de mandar aquello que no era de su gusto a los más inaccesibles depósitos; le siguió la que hice en forma deliberada, en parte por no fatigar al lector con excesivos detalles y en parte por reservar muchos aspectos de una vida privada que no es mi propósito hacer pública (p. 10).

Los psiquiatras han estudiado, y ya pertenece al acervo de los saberes sociales, aunque no siempre sean tenidos en cuenta por los padres, la importancia de la infancia en la conformación de la personalidad, sobre todo de la afectividad. En el carácter adulto de Alicia Jurado influyen su clase social y económica alta, el tipo de relación entre sus padres: padre mayor, viudo y vuelto a casar con la madre de Alicia, con un hijo del primer matrimonio que llevaba veinte años a su media hermana y que murió joven, cuando ella tenía cuatro años. El perfil psicológico de la escritora es, pues, el de una hija única. Los primeros recuerdos están ligados a las temporadas pasadas en la estancia de la familia paterna, casa, parque, campo con los cuales conservó siempre una relación entrañable. Su observación y su relación admirativa y profunda con la naturaleza desde la infancia la llevó al estudio de las Ciencias Naturales, cuando las mujeres de su clase social casi no frecuentaban la Universidad. Esa relación también explica la temática de muchas de sus narraciones, ambientadas en el campo de la Provincia de Buenos Aires o en otros lugares de gran belleza natural, como Bariloche, lugar donde transcurre su novela *En soledad vivía* (1967). También en la primera infancia, a los cuatro años, nace su segunda vocación: la de los libros. A esta edad aprendió a leer. Ella afirma que a través de las páginas de *El Nene*, su primer libro, entró en el mundo maravilloso de las bibliotecas, otra patria de la que nunca salió (p. 37). Esta devoción por la lectura es muy propia de los argentinos nacidos y crecidos en la época previa a la televisión, como lo observaremos también en otras memorialistas. Dice Alicia Jurado:

Tuve la suerte de nacer en una época en que la televisión no se había inventado todavía; las casas no estaban

invasadas durante horas por imágenes y voces ajenas y el chico que quería conocer una historia se la tenía que leer. La ausencia de hermanos y la escasez de compañeros de juegos, en el campo, tal vez fueron otros estímulos, pero sospecho que uno nace lector como nace con ojos negros o azules (pp. 43-44).

Esta verdadera pasión por la lectura, inscrita en los genes y promovida desde la primera infancia en un hogar culto, será uno de los principales rasgos de la personalidad de Alicia Jurado, según ella misma lo atestigua en el volumen que comentamos y lo desarrolla más aún el segundo: *El mundo de la palabra* que cuenta experiencias de su adultez, especialmente las relacionadas con su vocación de escritora. El cúmulo de lecturas le brindó una mayor sensibilidad estética y también subyace en su depuradísimo estilo de escritora, que prefiere la economía verbal y la justeza a la abundancia abigarrada, la claridad y cuidada organización al desorden. La riqueza del lenguaje no se contradice en Alicia Jurado con la precisión expresiva¹².

En estas memorias la autora consigna el modo de vivir refinado de sus familiares, el culto por los objetos bellos (la colección de antigüedades y obras de arte de su abuelo, Isaac Fernández Blanco se conserva en el museo que lleva su nombre en Buenos Aires), registra también las costumbres de la época, la vida en la estancia, las lecturas infantiles promovidas por los padres y también por la institutriz inglesa, la escolaridad que, contra las costumbres de su clase social, se hizo en los excelentes establecimientos educativos estatales de la época: los estudios primarios en la escuela conocida con el nombre de "Cinco Esquinas", los secundarios en el Liceo de Señoritas N° 1, los universitarios en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales¹³. Estos y otros muchos temas, que no excluyen las referencias al contexto político, las opiniones sobre la educación dentro de la familia, las formas de la vida social y de las relaciones entre el varón y la mujer, la introspección psicológica, la narración del primer amor, son algunos de los aspectos tratados en un libro que pretende exponer los basamentos y el "desenvolvimiento intelectual y espiritual" de la escritora pero que constituye, además,

un excelente documento de una época y del modo de vida de las clases altas argentinas. La inteligencia analítica de Alicia Jurado la lleva, además, a reflexionar sobre el género que está cultivando y sobre las modalidades de la memoria, afincando sus observaciones en su propio modo de evocar.

Cuando el tiempo era otro (1999), de Gladys Anega

Gladys Onega, la autora de *Cuando el tiempo era otro; una historia de infancia en la pampa gringa (1999)*¹⁴, nació en Acebal, provincia de Santa Fe, en 1930. Es profesora de Filosofía y Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Fue maestra primaria, profesora secundaria y profesora universitaria de literatura argentina. En 1976 se fue del país y desde entonces hasta su retorno en 1989 trabajó como editora en la Organización Panamericana de la Salud, en Washington y en México. Su obra crítica más difundida es *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*¹⁵. Sin duda su interés por los diversos registros del tema de la inmigración en los textos literarios arraigó en su historia personal, la que nos cuenta en *Cuando el tiempo era otro*. Escribe estas memorias al reencontrarse con el país después del exilio. En ellas reconstruye un período y un espacio acotados: los nueve primeros años de su vida en Acebal, uno de los numerosos pueblos nacidos junto a los rieles del ferrocarril (el Central Argentino) en la región chacarera del sur de Santa Fe.

En el primer capítulo: "La casa" se queja de no haber nacido "en mansión heredada". Nadie en su pueblo había nacido en mansión heredada, todos alquilaban su casa. Los más afortunados, como su familia, pudieron construirla: su padre, gallego, tenía un almacén de Ramos Generales de cierta importancia. Para establecer sus filiaciones se remonta a sus abuelos y tíos: los maternos, criollos, establecidos en un pueblo cercano, que gozaron de efímera prosperidad hasta que cayó el irigoyenismo, ya que vivían de los puestos públicos. Los paternos, gallegos, a quienes no conoció personalmente pero sí a través de los relatos familiares: la abuela Carmen, que sabía escribir pero que no dejaba entrar al médico en

su casa; el abuelo Manuel, bracero analfabeto, aunque dueño de las historias que se repetían en familia. El padre y algún tío viajaron a América, en busca de un futuro mejor.

El libro está escrito con excelencia literaria, con justeza y limpidez de estilo, con depuradas técnicas narrativas, con excelente dominio del lenguaje que puede mezclar sabiamente el castellano con palabras gallegas o italianas -para así transmitir el mundo ambiguo y nostálgico de los inmigrantes-, con frecuente ironía que trasluce cierto resentimiento ante las circunstancias vitales personales y ante el contexto socio-histórico argentino. En él narra los recuerdos de infancia, a través de una treintena de capítulos breves. Si bien los datos que permiten la reconstrucción muy valiosa de las costumbres y rasgos sociales de la época y del lugar se traslucen incluso en los recuerdos más íntimos, hay capítulos que focalizan en forma más directa el entorno histórico y social. La narradora nos va presentando su mundo privado, los juegos, las costumbres, los aprendizajes y lecturas, pero también la vida de un pueblo en el que convivían gringos y criollos, comerciantes y chacareros, radicales y conservadores. La política italiana con repercusiones en Acebal, dada la presencia de colonos de ese origen, se juzga con convicciones antifacistas; la guerra civil española se valora desde la óptica de los republicanos, con los cuales simpatizaba la familia paterna; los acontecimientos políticos argentinos se observan con la mirada de los irigoyenistas desplazados por la revolución de Justo; a la Iglesia, su credo, sus ministros se los valora desde la óptica de la mujer adulta que ha perdido la fe infantil y que se desdobra irónicamente tomando distancia de aquella niña que acudía a aprender la Doctrina y que hizo su Primera Comuni¹⁶.

En estas memorias, ni el entorno social ni la vida personal son un paraíso perdido. Se evoca una niñez rebelde, no del todo feliz, en una situación económica de clase media, con hábitos austeros¹⁷. Es casi un lugar común en las memorias de infancia el tópico del tiempo feliz. Novalis decía: "Donde están los niños, allí está la edad de oro". En algunos casos, en el género literario que estamos examinando, la evocación de la infancia es muy feliz porque esa etapa fue realmente

feliz o porque el olvido o el pudor bloquean los recuerdos dolorosos. Un ejemplo de esta segunda actitud está registrado por Silvia Molloy, experta en memorias de infancia argentinas e hispanoamericanas, cuando analiza el libro de la escritora cubana María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín: *Mis doce primeros años* (1831), que es, tal vez, el primer relato de infancia de la literatura hispanoamericana. Molloy descubre que, bajo el tono de nostalgia y ensueño con el que la autora evoca desde Francia su niñez en Cuba, las memorias esconden dolorosos sentimientos causados por el abandono realizado por los padres, quienes dejaron a la niña en Cuba, al cuidado de una de las abuelas¹⁸.

Las memorias de Gladys Onega, tampoco avalan el lugar común. En este caso los dolores no se disimulan, por el contrario, se narran como si aquellos dolores de ayer estuvieran totalmente vigentes en el hoy. Llama la atención esa necesidad de recordarlo todo, de decirlo todo, aun lo que el piadoso olvido se empeña en velar. Tal vez el libro haya sido una catarsis, un conjuro, un salto hacia la libertad, un modo de superar los rencores, una revancha. Para ella, recordar ha sido un proceso doloroso: así consta en los agradecimientos preliminares a quienes siguieron el libro desde sus orígenes y la "ayudaron a pelear con los dolores del cuerpo y del alma" (p. 11). Gladys fue la tercera hija no deseada del matrimonio, cuyos miembros ya habían elegido -según la autora- cómo volcar sus afectos: el primogénito era el favorito del papá, la segunda, la preferida de la mamá. La nueva nena eligió ganar su espacio con permanentes berridos y actitudes belicosas o con ahogos e inapetencias, que le hicieron ganar el espacio deseado, pero perder la paz. La motivación de los celos y la emulación de los hermanos es permanente en su conducta: su muy temprano deseo de aprender a leer y a escribir, por ejemplo, arraigan en este espíritu competitivo. La sospecha de que sus padres la querían menos se transforma en un sentimiento que, según sus palabras, "duró una eternidad en mi vida" (p. 129).

El temperamento hipersensible de la escritora la lleva a consignar la mitad vacía del vaso: los zapatillazos de mamá, los cinturonzos de papá (que en realidad iban dirigidos a su hijo

preferido), los ronquidos de mamá y los más potentes de papá. Pero, sin embargo, deja entrever, aunque no ponga sobre ella el acento, la mitad llena, los aspectos tiernos de la vida familiar: el regazo gordo de mamá que la acogía compensatoriamente después del castigo, las faldas de papá que la sostenían en cada comida para que la niña anoréxica aceptara el alimento, las sabrosas comidas de mamá cuyas recetas la hija conservará y aplicará con placer en su adultez, el gusto de mamá por la lectura que la convertía en asidua asistente a la biblioteca pública del pueblo y que se proyectaba en el devoto gusto de los hijos por la lectura, en el respeto de los niños por los libros; su preocupación por que las niñas estuvieran siempre bien arregladitas, uniendo a su buen gusto su habilidad como costurera; el espíritu de trabajo y de ahorro del papá inmigrante; los inocentes preparativos de alimentos para los camellos sobre los cuales los Reyes Magos surcaban las mayores distancias; la paciencia de mamá para enseñarle a escribir antes de que fuera a la escuela; las historias de familia que la sumergían en la nostalgia gallega o en las tradiciones y opiniones de sus familiares criollos...

A través de estos recuerdos podemos revivir una época: la década del treinta del siglo pasado, en un determinado espacio argentino: la pampa gringa, como la llama su autora. Los recuerdos se escriben desde la óptica de una argentina de clase media que recibió la buena escuela y la buena universidad estatal que brindaba en esa época nuestro país. Cuando el recuerdo duele, tanto en lo privado como en lo social, no se lo acalla, no se lo bloquea, a lo sumo se lo vela con la risa o con la ironía, pero generalmente se lo revive con desnuda intensidad. Con las memorias de Gladys Onega tenemos la impresión contraria a la que experimentamos al leer la mayoría de las memorias de infancia, que generalmente la idealizan.

Cuando Gladys tenía nueve años, en 1939, la familia se instaló en Rosario, para que los niños pudieran seguir estudios en mejores colegios. Entonces los minuciosos recuerdos de la vida en Acebal se revisten, por contraste, de cierto encanto retrospectivo. La vasta casa es reemplazada por un estrecho departamento y los seres con nombre, apellido, identidad e historia propia son reemplazados por

los nuevos conocidos que se convierten, en la imaginación infantil, en anónimas hormigas. En un párrafo muy revelador nos dice:

En el hormiguero del colegio en que yo estaba metida, urdí el recurso de la invención de historias para las hormigas, mecanismo por el cual las hormigas dejaban de serlo y nos convertíamos en personas y en personajes. Menos mal que se me ocurrió eso, porque así no me sentía tan huérfana y desamparada. Todo era estar parada en la fila de hormigas y empezar a contarme historias de episodios extravagantes y cotidianos. Todas las chicas venían de un pueblo; algunas habían galopado en veloces corceles; todas habían tomado un colectivo; algunas habían viajado en el tren de la noche, ese que pasaba pitando por mi pueblo y no se detenía [...]; esa necesidad secreta de las historias me salvó del anonimato y persistió a través del tiempo. Esa necesidad de la nena que quería ser nena para no sentirse hormiga, y quería estar entre nenas de nombres y vidas conocidas, que reconocieran su propio nombre y su propia cara me llevó a gestar y parir mi real, propia e inventada historia (p. 238).

La génesis de esta "real, propia e inventada historia" que estamos comentando surge, pues, de aquel primer desarraigo y -tal vez- del segundo desarraigo, el del exilio. Conmociones profundas que llevan a buscar el propio nombre y la propia cara y a mostrarlos a los demás. ¿Cómo pudo Gladys Onega recordar tantos detalles, sensaciones, matices, sentimientos? Memoria privilegiada arraigada en la intensidad del sentimiento, que es uno de los factores más importantes para fijar los recuerdos. Los aportes de sus primas Hortensia y María Esther Rivas que la ayudaron a recordar, y -tal vez- el auxilio de elementos imaginarios, ficcionales, que han reemplazado lo que se llevó el olvido. Esa calificación de "real e inventada" nos permite pensar que hay también elementos ficcionales en estas memorias, que se leen como una novela. En toda historia que se rehace, sea propia o ajena, hay elementos interpretativos, reelaboraciones desde una subjetividad, elementos imaginarios, aun cuando se trate de la propia historia.

Cuando el tiempo era otro es una muy buena literatura autobiográfica que -con evidente y lograda voluntad artística- nos

introduce en el mundo de una familia, de un pueblo, de una zona argentina, de una época -la década del treinta del siglo XX- y, por sobre todo, de un alma que registra con intensidad sus dolores infantiles.

El país de la ilusión (2005), de Maria Duprat

María Duprat (María del Carmen Duprat de Vilapriño) nació en Córdoba en 1941, pero nunca vivió en su provincia natal dado que su padre, ingeniero, era trasladado a distintos puntos del país por la empresa para la cual trabajaba. Radicada en Mendoza desde la adolescencia, formó en esta ciudad su familia y se siente mendocina por destino y por elección. Es nieta de Madame Duprat (Luciana Duprat) -mujer culta y fina acuarelista- y sobrina de Marcela Duprat, destinatarias de importante correspondencia de Julio Cortázar¹⁹. Por parte de su madre, María Duprat pertenece a una antigua familia de Córdoba: los Ahumada, con raíces en la época de la Conquista. Los abuelos de María: Carlos Ahumada y Carmen Torres, hicieron construir una casa -la Casa Grande- en San Javier, provincia de Córdoba, en la bella zona serrana de Traslasierra, cerca de Yacanto, lugar generoso en arroyos y de muy verde y frondosa vegetación. La Casa Grande convocaba, todos los veranos, a los descendientes de Carlos y Carmen -hijos y nietos- los Ahumada Zapata, los Duprat Ahumada, los Ahumada Miguel, los Zapata Ahumada, los Voss Ahumada y los Celli Ahumada. Todos estos matrimonios constituyeron familias numerosas: la generación de los nietos -la de María- sumaba treinta y nueve primos que se reunían en la Casa Grande, a la que llegaban con las fiestas de Fin de Año y abandonaban con el comienzo de las clases. *El país de la ilusión* evoca estas vacaciones que se reiteraban año a año, acotando el recuerdo al período de la infancia y de la adolescencia, salvo en un capítulo ("Las Olimpiadas") que recuerda acontecimientos posteriores.

María Duprat atesoraba muy hermosos recuerdos de ese período de su vida, recuerdos que permanecían nítidos y vivientes. Decidió escribirlos, deseosa de que esas experiencias no se

perdieran, para que los hijos, nietos y otros familiares pudieran así reconstruir parte del pasado familiar²⁰. Este libro de memorias proviene de una mujer culta y lectora, con las marcas de una familia refinada y de la excelente escuela primaria y secundaria argentina de la época, cuando se enseñaba la lengua a través de buenas lecturas, de gramática normativa, del cuidado de la ortografía y de la corrección sintáctica, en buena medida inspirada en la prosa de Azorín: oraciones breves, prudencia en el uso de las oraciones subordinadas, párrafos cortos. El libro es muy fino en cuanto a la sensibilidad que capta y rememora los hechos vividos; por otra parte, el texto -si bien breve- evidencia una lograda voluntad artística, es muy buena literatura. La escuela literaria de María Duprat es la que han tenido todos los buenos escritores de todas las épocas: la lectura de los grandes modelos literarios, a través de la cual se absorben inconscientemente los modos del buen decir, del buen narrar.

El libro muestra su transparente encanto no sólo en la pureza de su contenido: los recuerdos de una infancia feliz, sino también en la limpidez de su estilo, en su capacidad de síntesis, en su economía expresiva, en una muy equilibrada estructuración, en la división en capítulos cortos, encadenados a veces por orden cronológico pero también ordenados en torno a ciertos núcleos temáticos. Así desfilan los dieciséis breves capítulos: "El País de la Ilusión", "La Casa Grande", "Los vecinos", "Los tíos", "Costumbres", "Los juegos", "La fiesta", "La sierra", "Adolescencia", "El dolor", "El humor", "El amor", "La plaza", "La música", "Las Olimpíadas", "El aura de la infancia".

Como complemento de lo escrito, el libro presenta una serie de muy buenas fotos: la entrada y otras vistas de la Casa Grande, señorial en su sencillez, construida en estilo inglés colonial, como el de las estaciones de ferrocarril, como otras casas de la zona, como el Hotel Yacanto. Se la ve rodeada de galerías con barandas y pilares de madera, con frondosas enredaderas y enmarcada por un jardín de árboles añejos: plátanos y pinos. A continuación de la foto de la casa, en justo homenaje, se ve la de Carlos Ahumada, el mayor de los seis hermanos que, con sus cónyuges e hijos acudían cada año a la casa. La foto muestra a un hombre aún joven, viril y

recio, cualidades necesarias para liderar un lugar donde se albergaban cinco familias prolíficas y numerosa servidumbre. Otras fotos de la multitud infantil, en conjunto o en grupos, de los distintos núcleos familiares, de la pileta, de otros lugares de juego, de casas de pobladores de la zona, de rincones serranos, de los arroyos y del pueblo son un complemento muy importante de las sugerencias del texto. El libro está escrito desde la memoria adulta de María Duprat, sin voluntad de ficcionalizar. Ya hemos observado que las autobiografías y las memorias suelen mezclar los recuerdos con elementos ficcionales que desdibujan las fronteras entre la realidad de lo vivido y elementos imaginarios o fantasiosos²¹. En estas memorias todo lo que se narra sucedió y son testigos de ello los treinta y nueve primos que se reunían en los veranos de San Javier. Si bien la narración se hace desde una primera persona, desde una subjetividad o una sensibilidad personal que colorea el recuerdo con sentimientos de ternura, de felicidad, con espíritu de infancia y hasta con cierta ironía de adulto que se desdobra cuando se focaliza la adolescencia (ironía tierna, a diferencia de la más ácida empleada por Gladys Onega), sin embargo esa sensibilidad personal es vocera de un grupo. Por ello la persona gramatical predominante en la narración no es un "yo" sino un "nosotros" que tiñe el libro ya desde su primer párrafo: "Fue el país de la ilusión y la ternura en el que tuvimos el privilegio de vivir gran parte de nuestra vida, el 'País de Nunca Jamás', el lugar del encuentro familiar, el objetivo común de nuestra infancia y adolescencia"²².

"Tuvimos", "nuestra": estos plurales se van reiterando a lo largo del libro. No es, pues, una obra de introspección, de indagación del yo, de autorretrato -como podrían serlo, por ejemplo, partes de *Adolescer* (1977), de Nidia Daract de Reina o partes de *Descubrimiento del mundo*, de Alicia Jurado²³-. Se trata de recuerdos de una bella experiencia colectiva, que sin duda subyace en la configuración de cada uno de los "yoes" de cada uno de los habitantes de la casa, sobre todo de los que en ella crecieron. Si bien sobre la experiencia vivida que se narra hay siempre una operación del adulto que la recuerda y que de alguna manera la configura, la textualiza y la modifica, el hecho de no estar operando

tanto desde un "yo" sino más bien desde un "nosotros", otorga más fidelidad a los recuerdos: son muchos quienes los pueden atestiguar, la narradora es vocera de una entrañable memoria colectiva: la de la familia, la de los treinta y nueve primos. No obstante, en el último párrafo del libro, la autora admite que la realidad evocada pudo tener algún matiz negativo, silenciado por su afectividad o por la construcción del mito. Pero el tono general de estos recuerdos es el de la felicidad que justifica el epígrafe de Dostoievsky seleccionado para encabezar el libro: "Quien acumula muchos recuerdos felices en su infancia está salvado para siempre".

María Duprat muestra una extraordinaria y envidiable capacidad de memoria que le permite registrar multitud de situaciones, de personas, de lugares, con gran fidelidad. Recuerda desde la adultez, pero conservando la sensibilidad de la infancia, como si esa infancia y adolescencia no fueran cosa del pasado sino que siguieran vivas en ella.

Aunque estos recuerdos han sido destinados en la intención de la autora a sus familiares, a quienes compartieron las experiencias narradas y a sus respectivas descendencias, el libro resultante tiene un alcance mucho mayor puesto que se inscribe, como ya dije, en una rica tradición literaria argentina: la de las memorias de infancia, tradición que amplía y enriquece. Es por otra parte un importante testimonio generacional que pueden compartir no sólo los nacidos en la década del cuarenta, como María Duprat, sino también los nacidos en las dos décadas anteriores, como Alicia Jurado o Gladys Onega, o en la posterior, ya que entonces los cambios sociales no fueron tan acelerados. Para los jóvenes de hoy las costumbres evocadas serán probablemente remotas y totalmente distintas, pero aunque el tiempo no vuelva atrás, esas realidades y costumbres podrán ser -en varios sentidos- deseables y modélicas. Por otra parte, *El país de la ilusión* es un canto a San Javier, a Córdoba, pienso que también a la Argentina, que nos ha brindado, que aún nos brinda esos entrañables paraísos, aunque estén hoy acechados por terribles infiernos. Si lo comparamos con los libros de Alicia Jurado y de Gladys Onega que son, tanto por su extensión como por

sus propósitos, mucho más ambiciosos y abarcadores, es éste un libro menor, pero necesario y logrado.

Las tres obras a las que me he aproximado, todas con valor estético, son interesantísimos frisos de época correspondientes a tres importantes décadas, desde los años veinte a los cuarenta del siglo XX. Son también textos que ponen a prueba las teorizaciones sobre el género con los aportes de sus propios matices. Pero, sobre todo, configuran literariamente una fundante etapa de la vida: la infancia y adolescencia. O, tal vez plasman una actitud permanente ante la vida, ya que según varios pensadores actuales²⁴, la infancia es -más que una etapa-, una actitud de descubrimiento, creación y construcción del propio ser y del mundo que se prolonga a lo largo de la vida. Estos libros de recuerdos, que fluctúan entre la autobiografía y la memoria, transmiten las vibraciones de tres almas, son muestras valiosas de tres vidas que, aun cuando rememoren heridas entreabiertas -como en la obra de Gladys Onega-, muestran que la vida merece ser vivida, recuperada por la memoria y entregada por la escritura.

NOTAS

¹ Raúl Castagnino. "Evocaciones de infancia y adolescencia en la literatura argentina". En: *Revista Interamericana de Bibliografía*. Vol. XXXII, n° 3-4, 1982, (99-100), pp. 338-347.

² Adolfo Prieto. *La literatura autobiográfica argentina*. Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, [1966], 214 p.

³ El propósito central del interesantísimo libro de Prieto no es, sin embargo, la exploración de las memorias de infancia sino la observación de la literatura autobiográfica argentina, escrita por hombres que transitaron el surgir de la Patria, las guerras civiles, el período rosista, la caída de Rosas, el apogeo liberal de los hombres del '80, la crisis del '90 y las primeras décadas del siglo XX, ya impregnadas por la cultura de masas.

⁴ Esta tesis ha sido publicada sólo parcialmente a través de artículos. Entre ellos mencionaré: "Victoria Ocampo en *El Archipiélago*. Recuerdos de infancia y sociedad". En: *Revista de Literaturas Modernas*. Mendoza, n° 30, 2000, pp. 55-66; "La niñez mendocina de Norah Lange en Colonia Alvear". En: *Piedra y Canto; Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*. Mendoza, CELIM, FFL. UNCuyo, n° 5, 1997-1998, pp. 79-92.

⁵ Alicia Jurado. *Descubrimiento del mundo*. Buenos Aires, Emecé, 1987, 265 p.

⁶ Gladys Onega. *Cuando el tiempo era otro; una historia de infancia en la pampa gringa*. Buenos Aires, Grijalbo, 1999, 238 p.

⁷ María Duprat. *El país de la ilusión*. Mendoza, Zeta Editores, 2005, 101 p.

⁸ Cursó el Doctorado en Ciencias Naturales en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado las novelas: *La cárcel y los hierros* (1961), *En soledad vivía* (1967), *Los hechiceros de la tribu* (1981), *El cuarto mandamiento* (1974), *Trenza de cuatro* (1999); la colección de cuentos: *Leguas de polvo y sueño* (1964); los ensayos biográficos: *Genio y figura*

de Jorge Luis Borges (1964), *Vida y obra de W. H. Enrique Hudson* (1971), *El escocés errante; vida y obra de Roberto Cunninghame Graham* (1978) y tres volúmenes de memorias: *Descubrimiento del mundo; memorias (1922-1952)* (1989), *El mundo de la palabra; memorias (1952-1972)*, Buenos Aires, Emecé, 1990; *Las despedidas; memorias (1972-1992)*, Buenos Aires, Emecé, 1992, 275 p. En colaboración con J. L. Borges publicó *Qué es el budismo* (1991). Ha sido además colaboradora de las revistas *Sur*, del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, de *La Nación* y *La Prensa*. Recibió, entre otras distinciones, el Primer Premio Municipal de Novela, el Primer Premio Nacional de Literatura (Ensayo), el Premio Interamericano Alberdi-Sarmiento.

⁹ Alicia Jurado. *Op. cit.*, p.11. A partir de aquí citaremos en el cuerpo del trabajo, consignando el número de página entre paréntesis.

¹⁰ Adolfo Prieto. *Op. cit.*, p. 205.

¹¹ Cf. aspectos teóricos del género en Philippe Lejeune. "Le pacte autobiographique". En: *Poétique*. Paris, n° 14, 1973, pp. 137-162, luego incluido en el libro *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975; "Le pacte autobiographique" (bis). En: *Poétique*. Paris, n° 56, nov. 1983, pp. 416-434. Ver traducción de "El pacto autobiográfico". En: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos ANTHROPOS*. Barcelona, n° 29, 1991, pp. 47-61. Este volumen incluye importantes estudios de otros autores sobre el tema (Elisabeth Bruss, James Olney y otros) y valiosas bibliografías.

¹² Cf. *El mundo de la palabra*, ed. cit., pp. 127-128.

¹³ Debo confesar que no sin dolor he leído este testimonio de lo que fue la excelencia educativa estatal argentina, sintiendo la nostalgia de un tesoro perdido, pero con la esperanza de que las nuevas generaciones se planteen la meta de la recuperación de un bien que supimos conseguir, que logramos poseer.

¹⁴ Sobre este libro puede consultarse el artículo de Margarita Pierini: "Gladys Onega, *Cuando el tiempo era otro. Una historia de infancia en la pampa gringa*". En: *Mundo Agrario; Revista de Estudios Rurales*. Universidad de la Plata, Centro de Estudios Histórico Rurales, n° 6,

primer semestre de 2003, que pone el acento analítico en lo histórico-sociológico.

¹⁵ Este estudio fue redactado en los años de labor académica al lado de Adolfo Prieto, en el Instituto de Literaturas Hispánicas de la Universidad Nacional del Litoral, reeditado años después por Galerna y posteriormente por el Centro Editor de América Latina (Capítulo), Buenos Aires, 1982, 152 p.

¹⁶ En este episodio se destaca la gran preocupación familiar por el vestido: "Tuve un vestido de organza de seda con la pollera larga hasta los tobillos y alforzado a mano por las Arias con velo de la misma tela [...] Tuve capota y limosnera con puntillas que las surcaban en rombos diminutos cada uno con una rosita rococó en su centro. Tuve zapatos Carlitos de gamuza, para lo cual otra vez hubo que descalificar la idea absurda de mi padre que creía que era lo mismo usar las sandalias que él vendía en el almacén...". Gladys Onega. *Op. cit.*, pp. 93-94. A partir de aquí citaremos en el texto indicando entre paréntesis el número de página.

¹⁷ El almacén de ramos generales de los Onega tenía cierta complejidad administrativa que requería la contratación de personal auxiliar; se habla también de "las muchachas" que ayudaban en las tareas domésticas y en el cuidado de los niños y del quintero. La casa es descrita como soleada y bien pensada en su estructura, hecha con materiales nobles, pero con muy modesto amoblamiento y pocos elementos ordenados al confort. La cocina era el lugar más tibio y habitable y su mesa era testigo de las conversaciones familiares, de las historias pueblerinas, nacionales e internacionales, porque entonces "los grandes tenían tiempo y el tiempo era otro" (p. 21).

¹⁸ Cf. Silvia Molloy. "La imagen de la felicidad: el relato de infancia en Hispanoamérica". En: *Homenaje a Alfredo Roggiano; En este aire de América*. Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1990, pp. 175-187.

¹⁹ Ambas habitaban en Bolívar, en la provincia de Buenos Aires, en la época en que el escritor era profesor en la Escuela Secundaria de esa ciudad. La casa de Madame Duprat fue un refugio al que acudía semanalmente para tomar el té, hablar en francés y comentar lecturas y

temas culturales. La familia atesoró las cartas de Cortázar, escritas desde Mendoza, adonde vivió entre 1944 y 1945, convocado como profesor de Literatura Francesa I y II y de Literatura Europea Septentrional. Hace algunos años, Marcela Duprat cedió las cartas para su publicación a Nicolás Cocaro. Los originales se conservan en la Biblioteca Nacional, en Buenos Aires.

²⁰ Es frecuente en las familias que ese pasado llegue muy fragmentariamente a las nuevas generaciones, a veces por el natural olvido, otras veces porque hay episodios tristes u oscuros que se prefiere callar, otras por la falta de diálogo entre generaciones, o porque cuando los padres cuentan viejas historias o anécdotas los niños y jóvenes no se interesan, no las fijan en la memoria. Pero cuando los padres o abuelos ya no están, lamentan no haber prestado más atención a un pasado rico, que les hubiera entregado o revelado parte de su identidad personal o social. Los recuerdos escritos, en cambio, pueden esperar en algún estante, en algún cajón, hasta que la nueva generación madure y encuentre el momento oportuno para leer el propio presente a la luz del pasado familiar. Éste fue, pues, el objetivo de estas memorias

²¹ Un claro ejemplo es el libro de María Elena Walsh: *Novios de antaño (1930-1940)*, en el que rememora su niñez.

²² María Duprat. *Op. cit.*, p. 9. A partir de aquí citaremos el número de página, entre paréntesis en el texto.

²³ Digo "partes" porque, en el caso de *Adolescer*, el libro tiene dos partes, la primera ("Casi lírica") acentúa la observación del yo. La segunda ("Casi crónica"), acentúa más lo costumbrista y social. También el libro de Alicia Jurado alterna lo personal con lo social y epocal.

²⁴ Por ejemplo Walter Benjamin o Jean F. Lyotard.